



y sangre, sudor y lágrimas...

el viejo león aún cree en la victoria



VICTORIA FRACTURADA de WINSTON CHURCHILL

A L llegar a Londres, casi vencido físicamente por el accidente —fractura del cuello del fémur—, sir Winston Churchill hizo la señal de la victoria. Ejemplo ideal para las prédicas de los Mardén, los Smilies o los Carnegie, el hombre de Quebec, de Casablanca, de El Cairo, el conservador del imperio frente a boers o germanos, italianos o japoneses, se impone a su desgracia, y desde sus ochenta y siete años postrados en la camilla, alza otra vez la «V» de la confianza en el triunfo.

Victima de una caída, en Mónaco, el último viernes de junio, el célebre estadista británico fue transportado en un avión-ambulancia a una clínica de Londres. El dolor no oscureció su sonrisa, y su buen humor de siempre despojó de su dramático carácter el traslado al «Comet» que lo llevaría a Inglaterra: Churchill, dice, reclamó ese cigarro habano que compone invariablemente su gráfica figura, ya en irremediable declive.

Focos hombres han sido tan infuyentes, con su acción, en el curso de la historia, como este viejo león que devolvió a Londres su fe y su seguridad en las peores jornadas de la guerra, las de ala sangre, sudor y las lágrimas, previstos con lucidez, pero sin desesperación, desde su despacho de primer ministro. Como todo político, ha sido y es discutidísimo. Su vela la consagró al imperio y no hubo en sus decisiones otros determinantes que los intereses del mundo británico. Nosotros, que no tratamos en convertirnos en sus jueces, queremos destacar hoy, simplemente, la fuerza de su personalidad, su temple de hombre imbatible. Puede ser que sus ideas no nos resulten demasiado simpáticas; también sus conciudadanos, con la llegada de la paz allá en el cuarenta y cinco, le retiraron del Poder en medio de la sorpresa general. Ello no obsta para que, en estos días nuevamente amargos para él, admiremos su desbordada vitalidad, su confianza en el signo mágico de la «V».